

La democracia como problema (un ensayo), de José Woldenberg,
México, D.F.: El Colegio de México, Universidad Nacional Autónoma de México,
2015, 175 pp.

Hugo Antonio Garciamarín Hernández*

A lo largo de varias décadas, comienza José Woldenberg, consideramos que la democracia era la solución a nuestros problemas. Que la democracia, en sí misma, traería resultados virtuosos que purificarían los males que habían traído consigo los regímenes autoritarios, e incluso, que sería la varita mágica que acabaría, casi de manera inmediata, con la ilegalidad, la corrupción, la desigualdad económica y otras tantas cosas. Lamentablemente, a pesar del optimismo de algunos cuantos, los resultados no han sido tan alentadores en la realidad. No obstante, esto no significa que la democracia no sea, como diría Karl Popper, la mejor forma de cambiar de gobierno sin derramamiento de sangre; o que para los que creemos que la democracia es el mejor régimen de gobierno sea el acabo definitivo. Al contrario, significa que la democracia, debido a su complejo entramado teórico e institucional, necesita reformularse de manera constante y no plantearse como una solución definitiva, sino como *un problema* que debe resolverse para mejorar el funcionamiento de nuestros gobiernos.

Así pues, *La democracia como problema* es un ensayo que pretende darle la vuelta a la moneda y mirar la democracia desde la cara oculta de sus cuentas pendientes. Por ello, no cabe duda que el tema no podría ser mejor retratado que por un experto en la materia como es José Woldenberg, académico distinguido de la UNAM, quien ha dedicado buena parte de su vida académica y política al tema en cuestión. Dicho autor intenta descifrar los problemas democráticos contemporáneos y ponerlos a discusión, a lo largo de tres capítulos: 1) El cambio democrático y el malestar social, 2) La democracia como problema y 3) Los problemas que debe atender la democracia. Si bien el libro está articulado y ejemplificado a partir de la realidad mexicana, me atrevo a decir que toca un tema de trascendencia internacional: ¿cuáles son los alcances de la democracia y por qué en algunas partes hay un descontento generalizado hacia a ella?

El primer capítulo del libro es relativamente corto, pues el autor lo utiliza a manera de introducción: en México, desde 1977 hasta 1997, se vivió una etapa de transición a la democracia —aunque yo diría que seguimos inmersos en ella—. Dicha etapa se caracterizó por el cambio de un sistema de partido hegemónico a uno competitivo en el que

* Licenciado en Ciencias Políticas por la UNAM. Máster en Ciencia Política por la Universidad de Salamanca.

ningún partido político cuenta con mayoría absoluta en el Congreso de la Unión. De igual forma, se modificaron los órganos y procedimientos electorales para inyectarles imparcialidad y se creó un instituto electoral independiente que pudiera regular las elecciones sin intervención directa del gobierno en turno. Estoy hablando del Instituto Federal Electoral, ahora llamado Instituto Nacional Electoral.

No obstante, estos avances democráticos no parecen ser valorados por la ciudadanía, la cual, más bien, muestra un fuerte descontento hacia la democracia. Basta con salir a la calle, mirar las noticias o platicar con los amigos, dice el escritor, para darse cuenta de esta valoración. En esencia, por nuestro pasado autoritario —el cual fue descrito por el escritor Mario Vargas Llosa como “la dictadura perfecta”— “deberíamos” tener una visión positiva de nuestra democracia. La cuestión es que esto no se da así, al contrario, parece ser que hay una confusión al momento de distinguir entre “los problemas de vivir en democracia” y “el tener problemas con la democracia”. ¿Por qué se da esta confusión? ¿Es una falta de conocimiento? ¿Es no saber vivir en democracia? ¿O es un mal endémico de la democracia misma? José Woldenberg intenta responder éstas y otras preguntas en los otros dos capítulos de su libro.

En el segundo capítulo, el autor pretende rastrear el origen del malestar con la democracia, y para ello propone mirar dos fuentes productoras de insatisfacción: una que es parte de la concepción misma de la democracia y otra que es parte de los retos que se afrontan al momento de querer fortalecer un régimen democrático. La primera fuente de inconformidad tiene tres elementos problemáticos: el genético, el procedimental y el desencanto por la política. Para ejemplificar cada elemento, Woldenberg recurre a tres autores fundamentales: Pierre Rosanvallon, Collin Crouch y Klaus Von Bayme.

El elemento genético es el que se produce en la concepción liberal de la democracia, bajo dos premisas principales: la primera es la preocupación por la acumulación del poder y la forma en que ésta atenta contra la libertad del individuo. Ante esto, los liberales clásicos pensaron que el poder debía distribuirse en tres dimensiones de gobierno, a decir, el poder ejecutivo, el poder legislativo y el poder judicial. Mientras tanto, la segunda premisa también se basa en la desconfianza hacia el poder, pero en torno al cumplimiento de sus compromisos. Se trata, cita el autor, “de la democracia de la desconfianza organizada frente a la legitimidad electoral. De ésta última emanan gobernantes y legisladores legitimados; de la primera, la vigilancia, los obstáculos y la tutela judicial” (p. 26). Así pues, la primera premisa refiere a la desconfianza por la que emerge la división de poderes, y la segunda a la desconfianza por la que surgen los mecanismos de control y de evaluación institucional.

Por otra parte, el elemento procedimental hace referencia a las características propias de la democracia representativa. Las elecciones y los partidos políticos son esenciales para la democracia, pues son los canales donde los ciudadanos ven representados sus intereses, y la forma en la que puede existir la pluralidad política. Sin embargo, al estar regulada por la lógica electoral, los debates públicos se diluyen y terminan convirtiéndose en un *show* mediático de consecución de votos. De esta manera la política aparece como un espectáculo que se resuelve “tras bambalinas”, y se crea una brecha entre los

ciudadanos y las élites, cuyo único vínculo son los medios masivos de comunicación. Al respecto, el balance del autor es completamente arendtiano: hay un alejamiento frente a la esfera pública y una reclusión en la esfera privada: “los ciudadanos le dan la espalda a la política para recluirse en sus asuntos privados [...] ciudadanos distantes, malhumorados, apáticos, sin canales de participación, es decir, no ciudadanos” (p. 29).

Por último, el desencanto de la política tiene que ver con la percepción que se tiene de los políticos. Al igual que en la problemática anterior, la lógica electoral —o la cartelización de los partidos políticos— ha provocado que para la ciudadanía no existan diferencias claras entre políticos y partidos de diferentes ideologías. Esto sucede por la necesidad que tienen los partidos políticos de conseguir el mayor número de votos posibles para subsistir o gobernar. De igual forma, problemas tales como la corrupción, generan la impresión de que todos los políticos son iguales. Al final quedan dos grupos antagónicos: la ciudadanía y esa “clase o élite política” que independientemente de sus colores gobierna por igual.

Ahora bien, la segunda fuente de inconformidad surge, sugiere el autor, gracias a las exigencias de la conformación de un mejor régimen de gobierno, las cuales recaen fundamentalmente en los políticos. En lo personal, considero que éste es uno de los aspectos más importantes del libro, cuyo planteamiento es el siguiente:

La democracia, como ya establecí, tiene problemas de facto, sin embargo, según diversas encuestas con las que se respalda el escritor, parece haber un entendimiento generalizado de que es la mejor forma de gobierno, o en términos de Linz, la menos mala posible. La cuestión es que esta percepción no va acompañada ni con la satisfacción en la democracia ni con la confianza hacia el gobierno, los partidos y los políticos —o al menos en el caso de México—. ¿Por qué se da esta paradoja?, se pregunta José Woldenberg. Por una visión negativa hacia la calidad de la política, se responde. Los avances democráticos en México derivaron en un contexto de exigencia para el que, al parecer, no están preparados nuestros políticos. Mejor democracia institucional requiere mejores políticos que sepan afrontar los retos democráticos. En palabras del autor, “México no requiere de exorcistas, sino de políticos que asuman las nuevas realidades” (p. 40).

Este planteamiento me parece innovador porque parece decir que no podemos exigirle a la democracia que solucione por sí misma problemas que son parte de la voluntad política, es decir, no podemos creer que la democracia es una máquina que funciona por sí sola, sino que, más bien, tiene ciertos actores que la construyen, la ajustan, o la estropean. Por lo tanto, pensar la democracia como problema permite no sólo hablar de la calidad de la democracia, sino que, también, de la calidad de la política como su complemento natural. En este sentido, a mi forma de ver, se podría decir que en México la transición a la democracia nos trajo un entramado institucional mucho más democrático, pero la política, en general, no ha estado a la altura de ese contexto de exigencia. Empero, no deja de ser una reflexión personal después de leer los planteamientos del autor.

El último capítulo es un gran esfuerzo por sintetizar todos los retos democráticos que nuestro país ha tenido que atravesar, hasta los grandes dilemas democráticos que enfrenta en la actualidad. Por tanto, el autor hace un recorrido breve por la historia de México, desde el alemanismo, en 1946, hasta los últimos acontecimientos en torno a los

43 normalistas desaparecidos de la Normal Isidro Burgos de Ayotzinapa. No obstante, dentro de la variedad de temas que toca el escritor, parece estar preocupado principalmente por tres: la forma en que se ha olvidado cómo fue que se construyó nuestra incipiente democracia, la violencia y el surgimiento de un discurso “anti-político” frente a la incapacidad del gobierno mexicano y la sociedad civil para aprovechar la coyuntura y seguir avanzando en materia democrática.

Las tres preocupaciones se conectan de manera sustancial a lo largo del capítulo: primero, se resalta el largo recorrido que diferentes partidos políticos, movimientos sociales, grupos de presión y demás, tuvieron que pasar para poder llegar a las condiciones democráticas que vivimos en la actualidad. En este sentido, el autor parece preocuparse por la poca valoración que se tiene hacia este proceso, el cual, no sólo fue tortuoso, sino que costó vidas enteras dedicadas a la democratización del país. Segundo, y siguiendo lo anterior, existe la preocupación de la violencia que azota a México. Esta violencia no sólo se alimenta del narcotráfico, los secuestros, la delincuencia y la participación directa del Estado en desapariciones forzadas; sino por la respuesta de ciertos grupos de la población que, ante la incapacidad del gobierno de mantener un Estado de Derecho, han decidido inclinarse hacia la violencia como una herramienta de solución de los problemas. Por último, la incapacidad del gobierno y la sociedad civil se conecta con el discurso anti-político simplificador, el cual pretende canalizar todos los males de la sociedad hacia la “clase política”. Así pues, dentro de otras tantas cosas, estos son los retos que tiene que tender la democracia.

Esto es, de manera breve, el contenido del ensayo de José Woldenberg, el cual considero de alta importancia hoy en día. Aunque a lo largo de la reseña dejé de lado algunos aspectos ricos en el análisis, me parece que ha quedado claro que *La democracia como problema* es un planteamiento innovador que invita al lector y a la academia en general a asumir que la democracia, dentro de sus virtudes, tiene muchos problemas, los cuales deben resolverse para seguir avanzando. Al final de cuentas, como puede verse en todo el libro, la democracia que tenemos es importante, pero aún no es suficiente. ¿Cuáles son los alcances de la democracia?, sigue siendo la pregunta. Está en nosotros, tal y como lo intenta José Woldenberg, encontrar una respuesta positiva para nuestras sociedades.